



MITXI

Julián MOMOITIO

«Me siento como ese toro que lucha, aunque al final sabe que está marcado por el destino»

YAITZOL SAN SEBASTIÁN
a no tengo camino, sólo sé caminar y qué me importa a dónde vaya si yo vivo mi existencia en lo que siento». Con esta sentencia, este creador incansable en la búsqueda de su propio espíritu investigativo define su personal proyecto vital. Un impulso irrefrenable que le obliga a «ser fiel a mi inquietud asumida, a veces poética y humana, otras impulsiva y creativa».

La actualidad de uno de los pintores vascos más universales se expone en la bilbaina galería Llamas (Máximo Aguirre, 10, Bilbao) donde, desde hoy, cuelga sus lienzos más recientes con el universo de los toros como disculpa y nexos unificador bajo el título de *Tauromaquia de Momoitio 2006*.

Pregunta.— ¿Qué le sugiere la tauromaquia? ¿Es un arte especialmente plástico?

Respuesta.— Efectivamente, porque la otra parte social y humana de ese mundo no va conmigo ya que soy, como se suele decir coloquialmente, incapaz de matar una mosca. No me siento superior a cualquier ente o ser con vida propia pero, plásticamente, el mundo de los toros ha sido un descubrimiento porque, aunque estaba muy plasmado, de una manera, a mi entender, efímera, artística y artesanal, yo he encontrado un campo nuevo a través de la creatividad para captar el movimiento de los toros con esa furia y esa espontaneidad. Dando rienda suelta a la emoción que me embriaga a la hora de analizar, sobre todo, la bravura del toro, ese impulso emocional que le lleva hasta la muerte en esa lucha titánica que, de alguna manera, es similar a la de los seres humanos ante nuestra debili-

dad, ante nuestra incógnita, ante esa gaviota de la muerte que de manera inexorable nos lleva a la nada. Así que me siento muy identificado con esa bravura salvaje del toro que al final no sirve para nada más que para dar un sentido a la vida, un sentido a nosotros mismos, que nos lleve hacia una tolerancia y un amor más profundo.

P.— ¿La nobleza de las reses esconde una moraleja ante la existencia?

R.— En el fondo veo una analogía entre la bravura y la lucha y el destino final del toro, que sale a la arena a dejar sus últimos suspiros, y la vida del ser humano. Desde que nacemos ya estamos muriendo. Unos aceptan su destino de forma sumisa y otros nos rebelamos contra él y luchamos contra las limitaciones. De alguna manera, me siento ese toro que lucha aunque al final sabe que está marcado por el destino.

P.— ¿Además de la temática, qué tienen en común sus nuevos cuadros?

R.— El destino de mi propia personalidad. Algo que se aprecia muy fácilmente en cuanto al tratamiento de los colores, por ejemplo. Quiere esto decir que hay una analogía entre mi obra en general y esta nueva producción ante el planteamiento, ante la furia del desarrollo. Indudablemente, he encontrado un mundo propio en el que me siento muy a gusto. Es una manera nueva y personal de expresar esa belleza salvaje de la lucha del toro frente al hombre y viceversa. Algo que no evita esa inevitable carga de crueldad social que rodea también a la tauromaquia, en términos humanos. A mí me interesa la belleza que, en profundidad, se muestra majestuosa y, so-

bretado, de una forma nueva para mis deseos artísticos por mostrar un campo nuevo de suspiros renovados que, de alguna manera, muestren el mismo mensaje pero de una manera, quizás, más artística, más animada, más creativa.

P.— ¿Cómo equilibra esos dos sentimientos contrapuestos?

R.— Los manejo igual que todo, desde la variedad. Necesito pintar abstracto, con furia y de forma que el cerebro quede expuesto bajo las órdenes de los impulsos emocionales del momento y necesito de igual forma la sumisión del color para poder expresar un mensaje social, el de esos seres hambrientos que nos acusan a las demás civilizaciones de lo injustas que podemos ser dentro de

da otra que aceptarlo porque está prisionera en la misma botella que el autor, en este caso, yo.

P.— ¿Y nunca ha descorchado la botella?

R.— Muchas veces y parecen surgir connotaciones libres en cuanto a la creatividad pero después, al día siguiente, ya no me gustan esas nuevas obras porque no reconozco mi yo creativo en ellas y las sacrifico, las rompo, las destruyo. Y vuelvo a decirle a esa parte creativa que me exige que está destinada a vivir en la misma botella que su autor.

P.— Ésta es su exposición más reciente, ¿es, por tanto, la mejor?

R.— Indudablemente es la mejor porque yo me identifico plenamente con ella. Cada vez borro más obra, cada vez me entrego más a mi trabajo, cada vez hay un planteamiento donde el dinero o la fama ya ni existen. Lo único que cuenta es dejar lo mejor de ti, que cuando te vayas, malos o buenos, tus suspiros sean lo mejor de ti. Eso implica una lucha, un análisis en profundidad, un afán investigativo al que se une la plenitud, así que mi obra, de una manera consecuente conmigo mismo, es lo mejor que hago. Aun teniendo toda la obra vendida, aun no pudiendo pintar ni la cuarta parte de lo que me exige el mercado en todo el mundo.

P.— Y, como de costumbre, expone primero en casa.

R.— En primera instancia, siempre he querido dejar mis anhelos y mis mensajes en mi tierra, en Euskadi. Sólo cuando no venda en mi tierra venderé fuera. Es un sentimiento de arraigo que siento como artista vasco, sin connotaciones de fanatismo, eso sí, porque el ser humano está por encima de pueblos y culturas.

«Cada vez hay un planteamiento donde el dinero o la fama ya ni existen»

la ignorancia ante el materialismo y la crueldad de las cosas. Siento que necesito la diversidad porque si no, enseguida me abordea la sensación de estar repitiéndome, copiándome a mí mismo. Ante eso, hay una parte creativa de mí que no quiere que yo sea nadie, una parte creativa que reniega de mí, que acepta mis creaciones, de una manera o de otra, pero que me obliga a seguir mostrando mi alma y mi esencia como ser humano. Y aunque reniegue de todo eso como principio creativo no que-

San Sebastián

El 'ballet de Pink Floyd' aterriza en la Quincena

La compañía japonesa Tokyo Asami Maki representará hoy y el sábado en San Sebastián *Pink Floyd Ballet*, un moderno espectáculo de danza incluido en la 67 edición de la Quincena Musical, que fusiona el ballet clásico con la música rock de la banda británica.

Pink Floyd Ballet está compuesto por doce piezas creadas por el reconocido coreógrafo francés Roland Petit, que se corresponden con otros tantos temas musicales del grupo londinense, y ha sido calificado por la crítica como «un concierto escenificado de los temas del mítico grupo».

La Tokyo Asami Maki Ballet, considerada la compañía de ballet clásico más importante de Japón, es la encargada de llevar a escena este espectáculo y, entre sus más de cuarenta integrantes, figura la prestigiosa bailarina de Zumaia (Gipuzkoa) Lucía Lacarra, que el año pasado fue galardonada con el Premio Nacional de Danza.

Lacarra, que trabaja desde hace tres años con la compañía japonesa, definió ayer este proyecto como «una oportunidad muy poco habitual en la que se puede unir el rock y la música clásica».

En una rueda de prensa ofrecida en San Sebastián, ensalzó el trabajo coreográfico de Roland Petit, ya que «muy pocos se atreverían hoy a unir esa música potente con el estilo neoclásico de la danza».

La sección Zabaltegi de Zinemaldia contará con 18 películas

Un total de 18 películas, entre las que figura la británica «Cashback», de Sean Ellis, y la del bilbaino Koldo Serra «Bosque de sombras», competirán en la sección Zabaltegi-Nuevos Directores de la 54 edición del Festival de Cine de San Sebastián que se celebrará del 21 al 30 de septiembre próximo.

El Zinemaldia donostiarra precisó ayer en un comunicado que esta sección, destinada a los directores que presentan su primer o segundo trabajo, contará con representación de cinematográficas europeas poco habituales como Islandia, y asiáticas como Singapur, China o Filipinas.

«Bosque de sombras», coproducida con Gran Bretaña y Francia, en la que el bilbaino Serra dirige entre otros a Gary Oldman y a Aitana Sánchez-Gijón, cuenta la historia de un matrimonio inglés que trata de reconducir su relación en un caserío del norte de España. Las otras tres españolas de la sección son «La distancia», ópera prima de Iñaki Dorronsos con José Coronado y Federico Luppi en el reparto, «Kutsidazu Bidea, Ixabel», un largometraje en euskera de Fernando Bernúes y Mireia Gabilondo; y «53 días de invierno», de Judith Colell.